

EL PAN BENDITO

POB

FRANCISCO COPPÉE

Empujé la puerta, cuyos bordes estaban recubiertos con burlete y entré en la iglesia á la hora de la misa mayor.

Una ráfaga de aire tibio, en que se combinaban el olor de los cirios encendidos, el perfume del incienso y el tufo del calorífero me dió en el rostro, al mismo tiempo que llegaban á mi oído el penetrante rumor de las monedas de diez céntimos agitadas en la vieja bolsa de terciopelo por la dama postulante, y el canto llano, penetrante, unísono, de los chantres que decían

allá, en el fondo de la iglesia, en el coro:

—*Et cum spiritu tuo.*

Pero di media vuelta á la izquierda, pasé por una pequeña puerta ojival y de repente dejé de percibir todo ruido, respiré la atmósfera pesada de las cuevas y recibí en los hombros una impresión desagradable de frialdad: me encontraba al pie de la escalera de caracol que conduce al cuarto del órgano, en donde iba á ver, en este domingo, á mi amigo Hermann.

¿Ha notado el lector la semejanza que hay entre las escaleras que conducen al cuartucho de los organistas y las de los entresuelos de las tiendas de vinos? Tal vez por este parecido mi amigo Hermann es muy aficionado á tomar en el almuerzo vino de Chablis y caracoles, y suele llevar algunas manchas de la salsa de éstos en la inamovible corbata blanca, todo lo cual no es obstáculo para que sea un excelente con-

trapuntista y un admirable improvisador: nunca olvidaré las variaciones que en cierto día de Pasuas y en el canon de misa improvisó estando yo presente, acerca de este motivo melancólico, tan oído por las calles de París:

¡Ropa vieja que vender!

¡El traperero!

Estuvo tan hábil como el músico Bach, y estoy convencido de que al oírlo, lloraron de alegría mística en el Paraíso todos los ángeles, arcángeles, serafines, querubines, potencias, virtudes, tronos y dominaciones.

En mi estado normal, soporto la música; pero cuando estoy triste, la amo, en especial la música de iglesia. Por eso iba á visitar á Hermann.

En aquel día estaba triste ¡oh!, tan triste como un mes de lluvia «en un puerto de mar». ¿Por qué? No lo recuerdo. Quizá á causa de la niebla que

siempre me produce una inquietud abrumadora, ó tal vez por melancólica displicencia, porque la vida es corta y los días son largos. ¿Sería tal vez la causa de aquel pliegue que sentía en el corazón, la deslealtad de algún amigo ó la infidelidad de alguna mujer? ¡Qué importa! Como quiera que fuese, tenía el espíritu conturbado; mariposas negras volaban por mi cerebro, y me sentía inclinado á acusar al destino de no darnos la felicidad más que en dosis homeopáticas.

El órgano de Hermann—Noel y Chapsal nos obligan á escribir esta frase bárbara—es *uno* de los más *grandes* de París: visto desde la nave del templo, tiene un aspecto magnífico, á pesar de su ornamentación de pésimo gusto, con sus altas torrecillas, sus enormes tubos de perspectiva que hacen pensar en las cartucheras de un circasiano gigante, y sus angelotes de madera tallada, vestidos con pompa

mundana y con los carrillos inflados para soplar en sus trompetas de oro. Subí la escalera medio á oscuras, con menos cansancio que vago pesar, y llegué hasta el sitio de Hermann.

* * *

Encontré á mi amigo sentado en su taburete, con los brazos cruzados, delante del teclado. Precisamente en aquel momento, dominando el ruido de pisadas que desde las naves laterales llegaban hasta nosotros, se oyó como á lo lejos la voz gangosa del diácono:

—*Sequentia Sancti Evangelii secundum Matthaeum.*

Entonces los dos cangrejos de cinco patas que sirven de manos á Hermann—verdaderas manos de pianista—cayeron sobre el teclado, y un raudal de

notas que me causó un estremecimiento en el corazón, se produjo tan claro, tan poderoso, tan nutrido, tan sonoro, que apenas me dejó oír el coro de fieles que se unía á la música del órgano para responder al diácono:

— *Gloria tibi, Domine.*

Precisamente aquel conjunto armonioso, era el que yo buscaba.

Pero el instrumento debía permanecer mudo hasta el fin del Evangelio, y, mientras tanto, después de haber estrechado el cangrejo que Hermann me tendió muy cordialmente, apoyé los codos en una barandilla del órgano, al lado de uno de aquellos ángeles sonoros de trompetas que era verdaderamente monstruoso visto de cerca, con sus mofletes de tritón de las aguas de Versalles.

Desde el sitio en que me había colocado, el golpe de vista era admirable. La mirada podía descubrir hasta el fondo del ábside; y en verdad que no

me desagradan esas iglesias jesuíticas del siglo XVIII, en que las nubes azuladas de humo del incienso suben hasta confundirse con los rayos de sol que penetran por las grandes ventanas sin vidrios. Esas columnas corintias, esas estatuas del gusto de Bernin, esos púlpitos de columnas retorcidas, esos doseles terminados en penachos, esos deslumbradores altares, con sus nubes de mármol y sus rayos de sol de madera dorada, todo eso es de mal gusto, aunque sea de mucha perspectiva y muy suntuoso: eso es propio del arte declamatorio, conforme; da idea de una plegaria escrita por un retórico, es cierto; representa el período de decadencia, todo lo que se quiera; pero á mi me gustan más San Roque ó San Sulpicio, que todas nuestras iglesias modernas, copias de basílicas bizantinas ó de catedrales del siglo XV.

Sin embargo, aquel día, lo repito, estaba triste y tenía ganas de llorar;

nada podía distraerme, y mientras que la nariz del diácono cantaba en monótona variedad de sonidos el pésimo latín en que se tradujo el Evangelio, yo permanecía apoyado en los codos en una posición de abandono, cerca del coloso mofetudo, y dejaba caer mi mirada precisamente por debajo de mí mismo, como una plomada.

Muy grotesca es la humanidad vista desde semejante posición. A cada instante algunos fieles entraban y salían, y los sordos golpes de la puerta forrada de burlete retumbaban detrás de ellos y acompañaban irregularmente la lejana salmodia del diácono. Y veía pasar á un hombre muy grueso, cuyo abdomen ocultaba los pies y que parecía rodar sobre su vientre; con su morrión en un brazo, un soldado, del que no se veía más que el círculo de su cabeza rasurada, el borde superior de las orejas y su par de charreteras rojas; dos papalinas blancas que ocultaban á

dos hermanas de la caridad, y parecían alas que se agitan con el aspecto de dos enormes pesadas mariposas. Las calvicies eran especialmente dignas de verse desde aquella altura; su desnudez, á las veces cruzada por un surco, brillaba; y pude explicarme el error del águila que habiendo suspendido una tortuga en el espacio, tomó el cráneo de Esquilo por una piedra con la cual podría romper el caparazón de su tortuga, y mató de un golpe al trágico griego.

Todos los que pasaban no tenían aspecto de figuras humanas hasta que habían andado unos cincuenta pasos en la nave central ó en las laterales, y me recordaban un antiguo dibujo del *Almacén pintoresco*, un dibujo del hábil Granville, en el que se halla representado ese singular efecto de perspectiva. Y todas mis dichas de niño me acudían á la memoria en un efluvio de recuerdos: ¡qué felices horas aquellas

en que abría mi caja de acuarelas y mojaba el pincel con la lengua para iluminar los grabados de un viejo librote! Quien no haya tenido un ejemplar de los primeros años del *Almacén pintoresco*, antes de su primera comunión, no ha sido niño. ¡Qué lejos estaba ya de mí aquel hermoso tiempo! Y me sentía más triste, más desgraciado que nunca.

Sin embargo, el Evangelio había concluido, los *Dominus vobiscum* volvían á comenzar, se había dicho el *Credo* y se llegaba al Ofertorio.

En este momento de la misa, el órgano funciona sin acompañamiento, como se sabe. Después de haber sacado y empujado algunos registros, Hermann, teniendo sus dedos huesosos colocados en forma de patas de araña sobre el teclado, y con las piernas encogidas para oprimir los pedales, hacía surgir del mágico instrumento un sublime canto de oración, y allá abajo,

en el santuario, donde se balanceaban los incensarios rítmicos, se acababa de presentar el pan bendito.

* * *

¡La espléndida torta! ¡El triunfante bollo! Este predominaba en mantel immaculado, y se adivinaba, al admirarlo dede lejos, que debía oler bien y estar recién hecho.

Después de las oraciones, aparecieron dos grandes cestas circulares llenas de trozos de pan bendito, pequeños y grandes, las llevaban cuatro niños de coro que iban precedidos por un rozagante pertiguero con entorchados, dotado con un par de pantorrillas que hubieran hecho soñar á Catalina II si las hubiera visto parecidas en un granadero de su guardia. Cuanto al real bollo, había

desaparecido al momento: sin duda estaba reservado para el señor cura.

El pan bendito fué desde luego presentado á los mayordomos de la iglesia, que estaban sentados en el banco de las autoridades.

Eran graves burgueses vestidos con pesadas ropas de invierno, llevando gorras de terciopelo, sentados en sillas de coro con la actitud tranquila y segura de los ricos: tomaron sin escrúpulo entre sus dedos cubiertos con guantes forrados, los mayores trozos, y después de haberse santiguado, los comieron con lentitud: algunos de esos encargados de la fábrica, ya antiguos amigos de la casa, tomaban un segundo pedazo, y también un tercero, y sacando de su bolsillo un periódico envolvían con cuidado la torta para llevarla á su familia.

Cuando las cestas llegaron á las primeras filas de fieles, cerca de la mesa de comunión, iban ya bastante mer-

madas; pero aquellos á quienes las presentaban, gozaban todavía de privilegios: devotos conocidos, damas piadosas y postulantes, penitentes del padre Tal ó Cuál, todos feligreses notables, que tenían sus nombres ó sus iniciales grabadas en una placa de cobre en el dosel de su reclinatorio.

Esos aún pudieron tomar buena porción de pan bendito y hacer de él su pequeña provisión. A la décima ó duodécima fila no había ya más que varios medianos trozos; después, á pesar de la presencia de la hermana, las huérfanas de papalina negra y esclavina azul no fueron más discretas; de modo que las gentes más retiradas registraron en vano el fondo de las cestas; sólo encontraron insignificantes migajas.

Cuanto á un grupo de pobres que yo había visto al entrar situados debajo de la caja del órgano, infelices mujeres con rosario, ancianos de pie ó de rodillas sobre su gorra, criadas con

papalinas de aldeas, ¡por vida mía! ¡tanto peor para los que no pueden destinar cinco céntimos para la alquiladora de sillas!, vieron pasar por delante de sus narices las cestas vacías que los monaguillos conducían á la sacristía, balanceándolas con ademanes incultos.

En la situación fastidiosa de ánimo en que me hallaba, aquella injusticia me molestó. Hermann había vuelto á abrir y cerrar los registros; había escogido las flautas más dulces y los sonidos más suaves para dejar oír «las voces celestes» y llenar la vasta iglesia con un himno de dulzura y de serenidad. Me sentía con el corazón agitado, y entonces tomé esta nota que acabo de encontrar en un cuaderno de apuntes:

«La felicidad se parece al pan bendito de la misa mayor: solamente se reparte un pedacito los domingos y no todos los fieles participan de él.»

UNA CONDESA

POR

ALFONSO DAUDET

Carlos d'Athis, publicista, tiene el honor de participar á V. el nacimiento de su hijo Roberto.

El recién nacido sigue bien.

Todo el París literario y artístico recibió, hace cosa de diez años, esa esquela impresa sobre papel satinado y con el escudo de armas de los condes de Athis-Mons, de los cuales, el último, Carlos de Athis, había sabido, muy joven aún, conquistarse un nombre de poeta.

«...El recién nacido sigue bien.»